

LOS MARES ROJOS DE CHINA

Iglesia, globalización y nuevas inculturaciones

Aunque se sigue hablando de «dos iglesias»: la oficial o patriótica y la perseguida en China la realidad es un poco más compleja. Una comunidad formada por 12 millones de personas que está viviendo la posibilidad de un acuerdo formal entre China y el Vaticano.

EXISTEN muchas razones por las que la Iglesia universal está emplazada a mirar a China y, dentro de ella, a la iglesia china. Una primera, evidente, es el hecho de que China cuenta con 1.500 millones de personas (o, según la forma de contar china de cuatro en cuatro ceros, 15 , «quince yí's», o sea, quince veces cien millones), 1/5 de la humanidad.

Pero hay otra razón que otorga a la pequeña iglesia china (formada por unos 12 millones de almas) una importancia de primer orden para toda la

Iglesia universal: y es que –me atrevo a decir desde una perspectiva de historia de la salvación– lo que suceda en China entre los católicos va a dejar huella y podrá ser paradigmático en términos eclesiológicos a nivel global.

Esto no es de extrañar. Y no es de extrañar que fuese la historia de unos hebreos huyendo trágicamente de la esclavitud en Egipto la que adquiriese el valor de modelo nuclear para el pueblo de Israel y para la Iglesia de milenios posteriores, y no la de aquellas generaciones judías

que vivieron su culto en el templo sin oposición. No es de extrañar que la vida y la obra de un aficionado a la pintura que pinta en su apacible jubilación los domingos por la tarde no deje huella para la posteridad, por extraordinarias que sean sus capacidades técnicas e interesantes sus vivencias, y sí la vida dramática, impulsiva y expresiva de un Van Gogh que en los 70 últimos días de su vida produjo unos 80 cuadros y 60 dibujos antes de pegarse un tiro en el pecho al aire libre.



Y es que esto viene siendo la iglesia de China en la época del comunismo, desde 1949 hasta hoy: una comunidad plural, dispersa, agitada y pasional que sigue atravesando un mar rojo, cuya orilla no se acierta más que a barruntar; una iglesia expuesta al mal fario de no poder sentirse a gusto en su mundo, bajo la amenaza de la escisión, la herejía, el exabrupto interno, la esquizofrenia o la inconsciencia, pero que produce frutos de genialidad, generosidad extrema, atracción y fidelidad.

Existe en la cristiandad una forma clásica de hablar de la realidad eclesial china que –cosas de la propaganda bien intencionada–, curiosamente coincide con la preferida por los comunistas, en la medida en que se sigue hablando de «dos iglesias»: la oficial o patriótica y la perseguida.

Esta nomenclatura resulta de la perspectiva de considerar la pertenencia a la Asociación Patriótica, como criterio clasificador esencial. Dicha asociación, creada por la Administración Estatal de Asuntos Religiosos, regula toda actividad de la Iglesia en China que se pueda considerar oficial. Aún existen unos 30 obispos en China (de un total de unos 100) no registrados en ella, y que el régimen no quiere, por tanto, reconocer oficialmente como pastores diocesanos. No obstante, si uno se atiene al derecho canónico, a día de hoy, solo la situación de 7 obispos que están en situación irregular, básicamente por haber sido ordenados bajo el auspicio del Gobierno chino, pero sin la aquiescencia de Roma, justifica esta terminología de las dos iglesias.

Esto podría cambiar pronto, dado que dichos obispos han solicitado al papa Francisco la reconciliación. Es decir, ser legitimados como obispos en comunión con él. La situación es, por tanto, compleja y en ningún caso simplemente bipolar. No hay dos iglesias en China, sino, al menos, tres grupos de iglesia: la de los obispos y fieles que funcionan registradamente bajo la vigilancia de la Asociación Patriótica; la de los obispos y fieles que

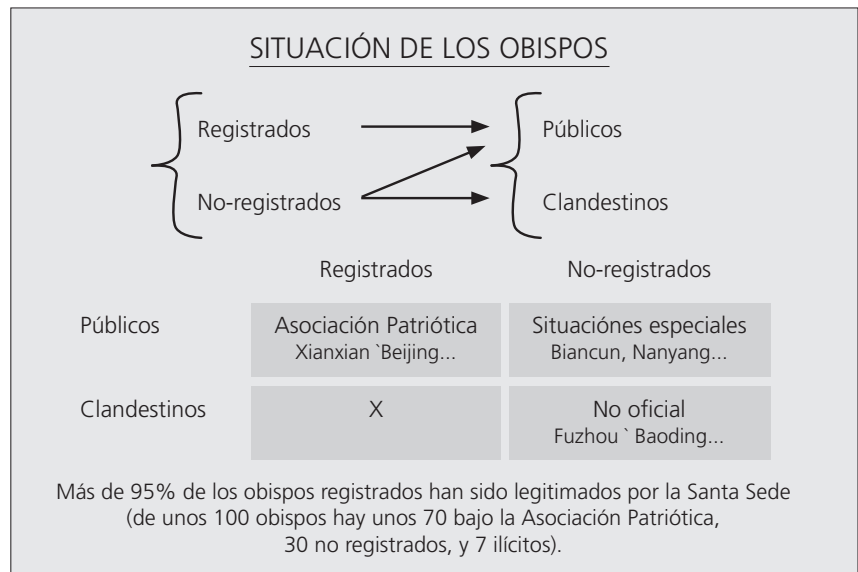


El cardenal emérito John Tong dijo el año pasado que la Santa Sede y el Gobierno comunista habían alcanzado un consenso.

no están registrados, pero pueden operar públicamente de forma tolerada en ciertas zonas de sus diócesis; y la de los obispos y fieles que no están registrados, funcionan clandestinamente y viven temiendo que la persecución se cierna sobre ellos en cualquier momento. Es más, existe también la cuarta realidad *sui generis* aludida de los 7 obispos díscolos o patrióticos, según se mire. En todo caso, un 95% aproximadamente de los obispos y fieles respectivos está en comunión con Roma.

Cuando de lo canónico se pasa a lo pastoral y a la pregunta por la comunión eclesial aparecen más tensiones que, sin duda, varían mucho en función de las diversas experiencias, diócesis y relaciones con las autoridades locales.

Hay, por ejemplo, sacerdotes clandestinos que, en plan donatista, aconsejan a sus fieles no ir a recibir los sacramentos a «aquella iglesia llevada por sacerdotes registrados bajo la Asociación Patriótica», u otros del grupo oficial que, en plan galicanista,



■ REPORTAJE

aseveran, para contento de los líderes del partido y sus consignas «sinificadoras» (sina = China, en latín), que la fidelidad a la patria es más radical e importante que la fidelidad al Papa, o que simplemente están en dos planos distintos, etc. Así las cosas, el cómo sea capaz Roma de llegar a acuerdos con las autoridades chinas y el cómo afronte la iglesia china de manera creativa las tensiones en relación a su identidad católica en un contexto nacional de control gubernamental, van a ser puntos de significación paradigmática global. Tanto el papa Francisco, como su Secretario de Estado, Pietro Parolin, son muy conscientes de este *momentum* histórico.

Durante el pontificado de Francisco algo está cambiando en la forma de tratar con el gobierno chino. No solo desde Roma, sino también desde el interior de la propia China. Algunas de las figuras más respetadas de la iglesia china, como el obispo *underground*—hasta tres veces detenido— Wei Jingyi (diócesis de Qiqihar), están reclamando una voz propia, distanciándose de gente como el Cardenal Zen, que desde Hong-Kong han ejercido tradicionalmente una cierta portavocía de los católicos clandestinos en China.

En una entrevista concedida a Gianni Valente en la sección *Vatican Insider* del diario *La Stampa*, Wei ratificaba, en su nombre y el de su comunidad, que «independientemente de cómo avancen las relaciones sino-vaticanas, nosotros obedeceremos completamente cualquier decisión que el Papa y la Santa Sede tomen». Y, usando el lenguaje de las «dos iglesias», intimaba a los «amigos de fuera de China continental, incluyendo HK, Macao, Taiwán» a que «no hagan de portavoces de la iglesia clandestina china».

El obispo Jin Lugang comenta en otra entrevista de Valente que «todo lo que hemos aguantado ha sido por no esconder nuestra comunión con el Papa. Ahora, si el Papa y el gobierno llegan a un acuerdo, ¿cómo no habríamos de estar contentos? (...), pues

esto quiere decir que el Gobierno está reconociendo al Papa». Por parte de Francisco y sus legados, la estrategia parece ser la de poner énfasis en la comunión personal de cada obispo (o potencial nuevo obispo) con el Papa y, a la vez, quitárselo al hecho de si ese obispo pertenece o no a la Asociación Patriótica. Algo así como la táctica del «no hay mayor desprecio que no hacer aprecio».

El cardenal emérito John Tong, sucesor de Zen en Hong Kong, escribió el 25 de enero del año pasado que la Santa Sede y el Gobierno comunista habían llegado a un consenso preliminar sobre la nominación de obispos y que un acuerdo seguiría para refrendarlo. Para Tong y otros muchos, este es el nudo gordiano a

partir del cual otros problemas, como el de la existencia de la Asociación Patriótica, o la irregularidad civil de los treinta obispos tradicionalmente críticos con el régimen, se podrían ir solucionando poco a poco.

La expectativa de un acuerdo formal entre China y el Vaticano está generando en estos últimos meses mucho análisis especializado. Como decía un diplomático español, amigo en Beijing: «cuando hay un acuerdo en ciernes, has de dar tiempo a tu gente para ver cómo reacciona, para que se ponga en perspectiva, y para que digiera un poco la nueva situación antes de que ocurra». Hay dos líneas de opinión encontradas respecto a la oportunidad de este acuerdo, simbólicamente representadas por los



periodistas Gianni Valente y Bernardo Cervellera. La Fundación Ferdinand Verbiest apoya el acuerdo. Por todas partes del orbe católico, la pregunta por la iglesia china viene siendo más candente y existe perplejidad ante esta diversidad de opiniones y análisis.

Se trata de conseguir, de momento, una *libertad esencial* para todos que no dependa tanto, entre otras cosas, de factores subjetivos. El enorme y multi-étnico «Reino-del-Medio» ha debido su estabilidad histórica como imperio-nación a una cultura confuciana donde el imperio no era el de la ley sino el del «hijo del cielo» (título clásico del emperador, el trago de cuya nostalgia, hoy, Xi Jinping no hace sino ayudar a pasar). Por eso, es común en China que el papel regula-

dor de la ley sea solo relativo: al final, la sensación subjetiva o inter-subjetiva (*guanxi*) de control de los que mandan es lo que pesa a la hora de saber qué se puede hacer y qué no. Esto explica, por ejemplo, que en una provincia como Hebei, donde el porcentaje de católicos es elevado, un jefe de policía o dirigente local, que a lo mejor tiene parientes católicos o cuando menos conoce ciudadanos honorables que lo son, pueda mostrarse bastante relajado y tolerante acerca de las actividades de la iglesia católica en su zona.

La libertad esencial sería enormemente valiosa en un contexto donde el gobierno chino es especialmente susceptible cuando hay católicos por medio. Los protestantes, por ejemplo, son mucho más benévolamente tolerados y es también una

de las claves de su rampante crecimiento actual allí; pero la iglesia católica que, por definición, se concibe en red, posibilita un canal de comu-

nicación no fácilmente controlable a lo largo y ancho del país, y es, así, vista como potencialmente más peligrosa.

Inmersa en estas dificultades, la Iglesia católica está dejando pasar una oportunidad histórica para la evangelización en China, especialmente en ámbitos urbanos marcados por dinámicas globales, donde hay un prejuicio positivo hacia lo cristiano que es asociado con tener una mentalidad abierta y moderna. El Papa es consciente de que existe una inquietud espiritual en millones de chinos y quiere hacer lo posible para que la iglesia-institución pueda operar públicamente en la ciudad.

Aunque también valora de forma especial, como dejaba entrever en su entrevista aérea el 3 de diciembre del año pasado, el poder acudir por cauces civiles a las encrucijadas culturales. Es tiempo para nuevas singladuras, como otrora lo hicieron Matteo Ricci o Diego de Pantoja, su primer compañero en Pekín, de cuya muerte celebramos este año el 400 aniversario.

La sed de trascendencia está llamando a la puerta y solo hay que estar atento para abrirla. Se acaba de celebrar en el Centro Cultural de China, en Madrid, la exposición *Cartografía de los Caminos*, en la que, como dice su comisaria Isabel Cervera, se exploran convergencias entre «los dos caminos culturales más relevantes en la historia de la humanidad: la Ruta de la Seda y el Camino de Santiago». La iglesia china necesita imperiosamente volver a mostrar que el cristianismo tiene algo valioso que aportar en China, siendo a la vez apasionado receptor de su cultura.

Todos atravesamos mares, es verdad; pero hay ciertas travesías que merecen tanta más atención cuanto más dramáticas e intensas son. La intensidad de la experiencia es relevante, porque es reveladora. Atentos a China, porque la intensidad de su ritmo vital y su esperanza nos revelarán cosas.



IGNACIO RAMOS